

# La política exterior Reagan hacia Centroamérica

Samuel Sosa Fuentes

La fuerza fundamental que bloquea el desarrollo de América Latina es el imperialismo norteamericano. Su estrecha alianza con los oligarquías nacionales, los ruinosos efectos de su penetración económica y cultural, lo señalan como la causa principal del estancamiento general que prevalece en la realidad latinoamericana. Rechazamos la política de pretendida seguridad y defensa hemisférica que menoscaba nuestra soberanía. La derrota del imperialismo es, por tanto, condición fundamental de cualquier plan de desarrollo para nuestros países.

Lázaro Cárdenas.

El problema por excelencia del desarrollo histórico-social de las relaciones internacionales de los países de América Latina en los últimos cien años ha sido y es la presencia y la actitud, siempre negativa y desestabilizadora, de los Estados Unidos de Norteamérica. La memoria histórica de los pueblos, gobiernos y países del subcontinente latinoamericano y el Caribe, así lo confirman: guerras de intervención militar, ocupación de territorios libres y soberanos —Cuba, República Dominicana, Panamá, México, Nicaragua, Granada, etc.—, invasión de soberanías nacionales, penetración de inversores extranjeras, dependencia económica, poderosa influencia transcultural, desestabilización política y social, golpes de Estado, relaciones comerciales y financieras desiguales, discriminación racial, etcétera.

En este contexto, la historia de las relaciones diplomáticas, políticas, económicas y socioculturales bilaterales o hemisféricas entre América Latina y los Estados Unidos siempre se han dado en un

marco de desigualdad, injusticia e intolerancia. Las doctrinas y prácticas políticas de la diplomacia y la política exterior norteamericana hacia América Latina han significado y/o constituido, hasta ahora, elementos y factores de presión política y explotación económica. Así, *El Destino Manifiesto*, *La Doctrina Monroe*, *La política de gran garrote*, *La diplomacia del dólar*, *La política del buen vecino*, *La doctrina de seguridad hemisférica*, *La alianza para el progreso*, *La asociación madura*, *La relación especial*, *La presencia discreta*, *La política de bajo perfil*, *La política de seguridad e interés nacional* y *La guerra de baja intensidad*, no son más que expresiones y prácticas de una misma ideología y política exterior que, históricamente han ido adaptando los Estados Unidos según las circunstancias históricas y según los momentos de crisis y coyuntura política a lo largo del desarrollo socio-político de América Latina.

Sin embargo, nunca como hoy, bajo la era de la administración del presidente Ronald Reagan, las relaciones políticas exteriores entre los Estados Unidos y, particularmente, la zona centroamericana, se han visto tan complejas, difíciles y tensas en donde a pesar de grandes esfuerzos retóricos y de "buena voluntad" por parte del gobierno norteamericano, la realidad política muestra en los actuales momentos un sólo hecho: derrocar, por todos los medios posibles, al gobierno y el pueblo sandinista de Nicaragua y volver a hacer de

Centroamérica y el Caribe, el "lago particular" y el "patio trasero" de los Estados Unidos.

El propósito del presente ensayo es hacer un breve análisis de la política exterior de la era Reagan hacia Centroamérica, y demostrar la intolerancia, la sin razón y el oprobio que hoy día se cierne sobre Centroamérica. La mira norteamericana apunta hoy hacia Nicaragua, mañana... nadie lo sabe.

Creemos que metodológicamente es necesario partir del origen y la raíz ideológica y política en las cuales se sustenta la actitud y la praxis de la administración Reagan y, consecuentemente, su actuación en la política exterior que los Estados Unidos, bajo la era militar de *Rambo*, han desplegado en las relaciones internacionales durante la década de los años ochenta: el conservadurismo como ideología y política mundial.

## I. El conservadurismo: el *substratum* filosófico, ideológico y político de la era Reagan

Actualmente en los Estados Unidos —la nación industrial, económica, tecnocientífica y militar más poderosa del planeta—, el sistema político, la economía, la cultura, la ideología y la sociedad han experimentado un poderoso resurgimiento de todo lo que se identifica con las ideas, la práctica y el pensamiento conservador.

En efecto, desde la llegada al poder de Ronald Reagan a la Casa

Blanca, en enero de 1981 y, posteriormente, con su reelección en noviembre de 1984, la sociedad norteamericana se encuentra inmersa en una profunda ola de conservadurismo a todos los niveles.

Si bien este resurgimiento como fenómeno ideológico y político no es nuevo en los Estados Unidos, en la era militarista de Reagan aparece con más conciencia de sí mismo, utilizando nuevas estrategias y abarcando nuevos actores, grupos y hechos sociales que conforman lo que hoy se conoce como el nuevo conservadurismo.

Teóricamente el conservadurismo como corriente del pensamiento filosófico surgió hace casi dos siglos, con ideólogos como Edmund Burke, padre espiritual del conservadurismo que reacciona violentamente contra las tendencias sociales de la revolución francesa, por un lado, y Tomas Hobbes y Alexis de Tocqueville como expresiones clásicas del pensamiento conservador que exaltan en la mayor parte de sus obras los valores, las normas, la moralidad y la buena conducta como pautas de comportamiento para el éxito o fracaso social de la humanidad, por el otro. Sin embargo, históricamente en los Estados Unidos los orígenes del conservadurismo se remontan a la época de John Locke y el grupo de los Federalistas hasta llegar a George Santayana, que constituyen y sintetizan el discurso ideológico y los planteamientos filosóficos políticos del conservadurismo como corriente predominante de los Estados Unidos.

Pero, ¿Cómo se manifiesta hoy día el nuevo conservadurismo en los Estados Unidos? ¿Cuáles han sido sus estrategias políticas y económicas para salir de la crisis actual? En una palabra, ¿cómo ha manejado la administración Reagan y la derecha norteamericana las contradicciones sociopolíticas al interior de la sociedad estadounidense?.

Las manifestaciones del nuevo conservadurismo de la administración Reagan puede evidenciarse en tres grandes áreas: el económico, el político, a nivel interno y externo y, en el cultural y social.

Desde el punto de vista económico, Reagan llegó al poder sobre la plataforma de política económica de austeridad y una reforma fiscal que implicó la reducción del gasto gubernamental —según sus asesores económicos, fue el crecimiento del *Big Government* la causa de altos gastos improductivos que al Estado le significaba una carga económica negativa— que se tradujo en el recorte de personal burocrático y aumento del desempleo. Asimismo, exaltó la libre empresa, la competencia comercial y un mínimo de intervención del Estado. Todo ello con el fin de restaurar los valores tradicionales del pasado norteamericano y volver a las bases fundamentales del orgullo prepotente del *American way of life*: la propiedad privada, la empresa particular y el esfuerzo individual sobre el resto de la sociedad norteamericana. En suma, la política económica de Reagan resultó altamente restrictiva y proteccionista y sus efectos sociales en el empleo, las minorías étnicas, la economía familiar, los obreros y la productividad en general, llegaron al fondo de la crisis; no obstante, el pequeño lapso de recuperación económica de 1984 y 1985, los problemas de desempleo y bienestar social para las mayorías norteamericanas subsisten y no se ven fáciles de superar. Actualmente el desempleo en los Estados Unidos es de 7.2 por ciento, lo que equivale a 7 millones y medio de desocupados.

En el aspecto político, en el plano interno, el conservadurismo de Reagan justifica su concepto antidemocrático de la organización política al identificar a la sociedad estadounidense como una mayoría social con ignorancias políticas. En gran medida, el éxito de Reagan y la nueva derecha en

este sentido, se debe a la creciente ausencia de participación política de la sociedad americana por vincularse al desarrollo político de su sociedad. De tal manera, que cuanto menor es la participación social —y según datos de Alan Wolfe, el porcentaje disminuye cada elección—, mayor es la capacidad de un grupo, como hoy día lo está, altamente organizado para lograr lo que se proponga y proyecte. En el plano exterior, la lógica y la estratégica de la seguridad nacional ha delineado el pragmatismo reaccionario y una interpretación simplista de las relaciones internacionales: Confrontación Este-Oeste. De este modo, cualquier proceso de liberación nacional en cualquier rincón del planeta es producto directo, según los asesores de política exterior de Reagan, de la injerencia de la Unión Soviética, Cuba o Nicaragua, según sea el caso. Así, la intolerancia de la política exterior de Reagan se ha reflejado en un apoyo decisivo a la carrera armamentista ilimitada, a la exaltación y práctica del intervencionismo directo o encubierto —como en el caso de Granada, Honduras y El Salvador— y, sobre todo, el derecho de los Estados Unidos de defender su interés y seguridad nacional no importando los Estados, las fronteras o soberanías nacionales, como en el caso del bombardeo a Libia.

Quien mejor ilustra la actual política exterior guerrillerista y de defensa de los Estados Unidos es Eldridge Cleaver, cuando en plena lucha por los derechos civiles y contra la discriminación racial de los años sesenta, el líder del *Black Panther* señaló: “*Los norteamericanos piensan que constituyen un escuadrón de rescate dispuesto las 24 horas del día para acudir a cualquier punto del planeta en que pudiera surgir una disputa o conflicto*”.

Por último, las manifestaciones del conservadurismo en el campo de la cultural norteamericana

actual tienen como característica central el regreso a los valores tradicionales. Aquí, la estrategia conservadora se ha dirigido hacia los medios masivos de comunicación, a las universidades y centros académicos y hacia la prensa.

En la televisión y el radio, la derecha ha lanzado una campaña, a través de sus grupos religiosos, para restablecer la enseñanza religiosa y la oración en los centros de enseñanza media. La influencia sobre millones de personas que ha tenido esta campaña junto con otras como por ejemplo contra el aborto, los homosexuales y los drogadictos, ha ido conformando las conductas sociales de los norteamericanos en posiciones altamente conservadoras y reaccionarias.

En las universidades, la influencia conservadora cambió de forma pero no de contenido. En la época del McCarthyismo, los ataques a los intelectuales y académicos eran directamente políticos y represivos. Ahora, el conservadurismo y la derecha ataca a los intelectuales en los terrenos académicos, así como en los planes y programas de estudio, en la selección y composición de los estudiantes y en la selección del personal académico y de investigación. Los intelectuales, estudiantes y profesores de izquierda, han sido marginados o separados y presionados de sus labores de trabajo.

Como puede observarse, el surgimiento del conservadurismo en la actual administración norteamericana, expresado en políticos derechistas, en programas económicos de recorte presupuestal, reaccionarios y conservadores, en Relaciones exteriores intervencionistas y belicistas apoyadas por el gran negocio que significa la economía de guerra y en la destrucción del pensamiento crítico liberal y de izquierda sobre la conformación de una cultura abiertamente reaccionaria y política, constituyen el gran cuadro conservador que hoy día vive la sociedad norteamericana. Sin embargo, ahí,

donde la concentración de poder y de control económico, político y cultural del *establishment* reaganiano se ha hecho prepotente, se hace necesario buscar nuevas formas de organización colectiva o individual que resulten menos susceptibles de ser destruidas por el aparato represivo y conservador del gobierno de Reagan. La respuesta y la manera, la tiene el pueblo norteamericano en las próximas elecciones presidenciales. El problema está planteado. El dilema se resolverá el próximo noviembre de 1988: o se continúa con la era republicana y el conservadurismo expresado ahora por George Bush, o se define un nuevo rumbo diferente, quizás demócrata, quizás otro.

## II. La política exterior de Reagan hacia Centroamérica

En términos generales, la coherente y agresiva ideología neoconservadora de la era Reagan tiene como corolario la lógica de la fuerza y la obsesión por la seguridad nacional. Tales elementos constituyen los cimientos de la política cada vez más autoritaria, conservadora y antidemocrática de la administración de Ronald Reagan. Así, la política exterior de la administración Reagan adquiere contornos aún más definidos con la intensificación de las tendencias intervencionistas y belicistas de la diplomacia estadounidense. Enfoca a cada uno de los acontecimientos internacionales, en cualquier parte, desde la limitada perspectiva de la confrontación Este-Oeste y considerando a las luchas populares como resultado de la injerencia de la Unión Soviética y de sus aliados. Esta interpretación tan simplista del mundo, insensible ante los profundos cambios de la historia contemporánea, se refleja en la carrera armamentista ilimitada, que lleva a la fabricación de bombas de neutrones, el planteamiento de la posibilidad de una guerra nuclear limitada, la exalta-

ción del intervencionismo y el derecho de Estados Unidos de defender su seguridad nacional en cualquier parte del orbe.<sup>1</sup>

En este sentido, la política estadounidense en el área tiene como objetivos fundamentales establecer la hegemonía indiscutible de Estados Unidos, aislar y estrangular a la revolución cubana considerada como "la fuente" de los problemas de la región, desestabilizar al gobierno de Nicaragua, aplastar al movimiento popular de El Salvador, símbolo de la resistencia del Tercer Mundo, ahogar la guerrilla de Guatemala, y reforzar y reacomodar las alianzas de la zona para garantizar la seguridad nacional y los intereses de las poderosas empresas estadounidenses.<sup>2</sup>

En suma, la política de los Estados Unidos hacia Centroamérica es subsidiaria de una estrategia global desenvuelta de Carter a Reagan, y se orienta a superar el deterioro de su hegemonía en el sistema mundial capitalista y a modificar la correlación de fuerzas, crecientemente desfavorable, entre aquél y el sistema socialista. En el primer caso, se trata tanto de recuperar su liderazgo indiscutible entre sus aliados como de reforzar su dominio sobre la periferia del sistema. En ambos casos se trata de una estrategia que se sustenta en un expediente de fuerza —carrera armamentista, guerra fría, incremento de la capacidad intervencionista y contrainsurgente en la periferia—, que permita su subsecuente recuperación política y económica.<sup>3</sup>

<sup>1</sup> Castor, Suzy, "La política de Reagan: peligro para el Caribe", en *Caribe Contemporáneo*, núm. 6, Centro de Estudios Latinoamericanos, México, F.C.P. y S., UNAM, 1982, p. 13.

<sup>2</sup> *Op. cit.*, p. 14.

<sup>3</sup> Valdez Paz, Juan, "Cuba y la crisis centroamericana", en *Cuadernos de Nuestra América*, vol. 1, núm. 2, julio-diciembre de 1984, La Habana, Cuba, *Centro de Estudios sobre América*, p. 129.

### a) Antecedentes de la estrategia político-militar de Reagan en Centroamérica.

En primer lugar, hay que señalar que, con la administración Reagan, lo que ocurre es que de hecho se ha adoptado una versión o una concepción acerca de cómo desarrollar la estrategia político-militar, dentro de los parámetros de la llamada reacción flexible y de la contrainsurgencia que ella ampara, pero con una nueva óptica.

A fines de los años sesenta y principios de los setenta, encontramos que, justamente, los términos reacción flexible y contrainsurgencia habían quedado desacreditados en Estados Unidos como estrategia militar viable, capaz de contener y/o revertir la expansión comunista en el Tercer Mundo. No obstante, en los últimos años de las décadas de los setenta, comenzó a producirse una revisión crítica, una reflexión sobre las causas de la derrota en Vietnam, con el objetivo de reinvidicar o rescatar la reacción flexible. Como resultado de este revisionismo posvietnam, se concluiría en que los aspectos políticos habían pesado más que los militares, de manera que los problemas no tenían tanto que ver —según planteaban, por ejemplo, figuras como los generales Taylor o Westmoreland— con los aspectos propiamente técnico-militares.

En ese contexto, se concluye en la vigencia de la reacción flexible, incorporándole el realismo que exigían las valoraciones anteriores. Surge, así una óptica que sugiere la creación de las Fuerzas de Despliegue Rápido (1979) y se reactivan las Fuerzas de Operaciones Especiales, creadas bajo el gobierno de Kennedy. El conflicto centroamericano venía a presentarse en tales circunstancias como el lugar donde ensayar la readecuación, dados los niveles que alcanzaba el conflicto, a finales de los setenta y comienzos de la

actual década. Con Reagan, recuérdese que había al inicio fuerte oposición y recelo en sectores como el Pentágono. Figuras como Weinberger o Wallaoe Nutting (jefe entonces del Comando Sur) no eran partidarios de una escalada militar en Centroamérica.

La creación de las Fuerzas de Despliegue Rápido ya mostraba la evolución del pensamiento estratégico norteamericano, que buscaba la garantía de acciones e intervenciones a bajo costo, que permitiesen obtener victorias decisivas en corto tiempo, mediante la saturación del escenario de operaciones (contención activa, a diferencia de la contención pasiva propuesta por Kissinger, a principio de los sesenta, auspiciada por la doctrina Nixon).

### b) La estrategia Reagan en Centroamérica

Hoy día la concepción estratégico-militar de Estados Unidos hacia Centroamérica queda definida a partir de estas cuestiones, y de las premisas y objetivos de la política norteamericana.

Los principios estratégicos aparecen esbozados o mencionados en diversos documentos del gobierno e instituciones académicas conservadoras. El propio presidente Reagan, y en cada oportunidad, los subsecretarios de Estado para América Latina, por ejemplo, los han dejado claros. Las premisas de dicha concepción se resumen en que: a) los procesos revolucionarios centroamericanos, al ser resultado de una instigación externa de orientación comunista, no pueden bajo término alguno traducirse en formas de poder popular, y b) sólo una firme política de contención y/o retroceso puede garantizar tal impedimento, sin efectuar negociaciones.<sup>4</sup> Ellas revelan,

<sup>4</sup> Hernández, Jorge, "La crisis centroamericana: Estados Unidos en el enfoque geopolítico", en *OCLAE*, La Habana, núm. 6, 1987.

cuando se les examina en su interacción y a la luz de la práctica, una gran coherencia entre el diseño y la praxis estratégico-militar, que está presidida por una gran ideologización geopolítica de los problemas del área, que intenta legitimar la visión de que los intereses de seguridad de Estados Unidos se hallan en crisis. Se advierte, así, el sostenimiento de una concepción orgánica, en la cual los componentes específicamente militares son, en la mayor parte de los casos, inseparables de una proyección integral, que incluye las aristas diplomáticas, ideológicas y económicas, como piezas funcionales y complementarias.

Aunque el objetivo estratégico en Centroamérica ha sido el mismo desde 1981 —restablecer la hegemonía regional—, la forma de implementarlo ha variado durante estos años. En este contexto, el año 1983 viene a representar un momento de variación importante, ya que se hace evidente que el esfuerzo hasta entonces realizado era incompleto e insuficiente, a los efectos norteamericanos.

Mientras al comienzo la administración Reagan esperaba y buscaba una victoria a corto plazo en El Salvador, para a partir de ese vuelco emprender nuevas acciones contra Nicaragua, al cabo de los años de esfuerzos infructuosos, decidió profundizar su presencia política y militar en toda el área Centroamericana, intentando resolver regionalmente la crisis. Consecuentemente se dio paso a:

—Un aumento sustancial de la presencia militar propia, tanto para conducir los conflictos como para tener la alternativa de intervención en ellos.

—Un incremento cuantioso de la "ayuda" a la región:

—Y a una mayor actividad política para estabilizar a los gobiernos afines y hacerlos participar, en una eventual coyuntura, junto a Estados Unidos. En este último aspecto, existía ahora el reconocimiento bastante explícito de

que la crisis no podía tener una solución puramente militar, sino que era preciso atender también a los factores políticos y económicos de la inestabilidad, aunque se mantuviese la estrategia militar en el centro de la acción norteamericana.

En este contexto, hay que subrayar los intentos por parte del gobierno de Reagan en ampliar el consenso al interior de Estados Unidos: de éste el marco en que tiene cabida la creación de la Comisión Kissinger y cuando se despliega la ofensiva de Reagan dentro del congreso, buscando elevar la aprobación de su política, empeñada, sin lograrlo, en superar los errores de la contrainsurgencia ensayada en Vietnam.

En suma, las líneas generales y acciones de la estrategia político-militar de Reagan a partir de 1983 se manifestaron en:

1. La puesta en marcha de una estrategia político militar en El Salvador, que comprende una nueva aplicación de la contrainsurgencia tradicional, la cual, a diferencia de la seguida en 1981 y 1982, atendía mucho más directamente a factores políticos y económicos, combinándolos con la participación mucho más directa por parte de Estados Unidos, de la planificación y conducción de la guerra;
2. La escalada en la presión militar contra Nicaragua, utilizando como instrumento principal a las fuerzas contrarrevolucionarias instaladas en Honduras y Costa Rica, apuntando abiertamente al objetivo de derrocar al Sandinismo;
3. El incremento de la presencia militar propia, con tres objetivos: asumir un papel más relevante en la conducción de las operaciones militares en El Salvador; presionar al gobierno sandinista, respaldando a Honduras, base fundamental de la "contra"; y contar con la opción de intervención directa, como último recurso;

4. La neutralización de otros sujetos externos inclinados a la negociación política, intentando que su acción fuese, en lo posible, funcional a los intereses de Estados Unidos;
5. Un incremento sostenido de la llamada "asistencia al exterior" norteamericana, con particular relieve en lo concerniente a la "ayuda a la seguridad" que aventaja a la "ayuda económica", lo cual se hacía ya evidente desde 1982. Nos referimos en este caso a uno de los componentes de la estrategia norteamericana: los llamados programas de asistencia a la seguridad según los define la propia nomenclatura norteamericana: el programa de asistencia militar (MAP); el programa de ventas militares al exterior con créditos directos del gobierno y préstamos garantizados a través del Departamento de Defensa (FMS); el programa internacional de educación y entrenamiento militar (IMET), el programa de operaciones de las fuerzas de paz (*Peacekeeping Operations*). A ellos se le suma el programa de ayuda económica (ESF), el cual, pese a su denominación, es también reconocido como programa de asistencia a la seguridad, y clasificado como tal en la literatura norteamericana. A estos programas, tradicionalmente conocidos, se añade, en 1983, un nuevo título, que parece en la propuesta que hace la administración para el año 1984; la llamada "asistencia anti-terrorista", que desde luego representa justamente lo contrario.

De esta manera, el conjunto de medios utilizados por la estrategia político-militar incluye e incorpora; por un lado, aquellos que vienen a tener una connotación directa o totalmente militar, como: la incorporación de la capacidad militar nativa de la región; la presencia militar a través de maniobras y ejercicios; la moder-

nización y/o construcción de nuevos enclaves en la zona (bases, campos de entrenamiento); la reactivación de pactos militares (CONDECA); apoyo a las fuerzas contrarrevolucionarias internas (bandas "contra"). Por otro lado, incorpora una serie de instrumentos económicos que incluyen desde la agresión económica como tal, en un sentido estrecho (política de bloqueo de fondos financieros necesarios para la reconstrucción del país, boicot económico, eliminación de la ayuda bilateral, cancelación de préstamos, la solicitud de ayuda que Reagan pide al congreso en 1983: 5 millones de dólares para "ayudar" al sector privado nicaragüense), hasta la mencionada "ayuda" que, como es conocido, se ha expresado encubierta y abiertamente; las partidas aprobadas por el congreso por 27 y 100 millones de dólares destinados a la "contra" y posteriormente, el desvío de fondos de las ventas a Irán, generador del conocido escándalo "Irán-contras".

A partir de 1985, la estrategia político-militar adquiere una dimensión mayor, si atendemos a esto, y al lugar de los aspectos ideológicos y a su inserción en ella. El arsenal ideológico, incorpora otros términos, a los que ya circulaban, como "fronteras sur" y otros: el de "luchadores por la libertad". Este es el año en que el congreso finalmente accede a aprobar la partida de los 27 millones y en que, iniciados los procesos de democratización en América Latina, y en el marco ya del segundo periodo de mandato, se aceita de nuevo el engranaje de la estrategia de reacción flexible a que hacíamos alusión al comienzo: ahora gana ya carta de ciudadanía la definición de la llamada "guerra de baja intensidad",<sup>5</sup> que

<sup>5</sup> Miles, Sara, "The Real War. Low-Intensity Conflict in Central America", en *NACLA*, Nueva York, Report on the American, vol. XX, number 2, april-may 1986, pp. 17-47.

viene a cubrir el primer tramo de la reacción flexible, buscándose asimilar las lecciones posvietnam comentadas. Básicamente se atiende a que las fuerzas militares se desplieguen más ágilmente y con saturación, del escenario de operaciones (una correlación de los agresores en proporción aproximada de 10 por cada uno de los defensores),<sup>6</sup> para evitar lo que los estrategas norteamericanos consideraban como uno de los principales errores de Vietnam: el mencionado gradualismo, o sea, la introducción progresiva de tropas en el territorio en disputa. De esto resulta que, en la nueva versión estratégica, los factores locales, aliados de Estados Unidos, deben —poner— los muertos, y viabilizar el desgaste del enemigo hasta propiciar —de estimarse necesario—, una intervención directa, de costos aceptables. En este marco, lógicamente, se modifica también el concepto del aplastamiento o eliminación física del enemigo, de la contrainsurgencia kennedyana, sustituyéndose por el objetivo de lograr su desgaste.

Por último, puede afirmarse que, el análisis de los mecanismos y prácticas que integran la proyección político-militar, considera que desde 1984 se sentaron las bases que posibilitarían (en cualquier momento que las condiciones regionales y/o norteamericanas e internacionales lo permitiesen) el desencadenamiento de las fuerzas que se han venido acumulando durante estos años. Esta agresión se puede dividir en 2 niveles: uno que corresponde al conflicto de baja intensidad, con la participación de los contrarrevolucionarios nicaragüenses, con el apoyo más o menos indirecto de las tropas norteamericanas, y otro, en que intervendría directamente el ejército de Estados Unidos.

<sup>6</sup> Hernández, Jorge y Cruz E., Juan, "Centroamérica 1987: ¿Qué pretende Reagan en Centroamérica?", *OCLAE*, núm. 6, 1987, La Habana, Cuba, p. 6.

Sin embargo, lo que realmente está en juego no es la manera o forma como la cultura de la violencia norteamericana desplegada durante todo el periodo de la administración Reagan hacia Nicaragua lo lleve a cabo, esa ya la conocemos bien y de hecho ha sido puesta en práctica casi desde el triunfo mismo de la revolución sandinista, a través de la llamada *Low Intensity Conflict* (Guerra de Baja Intensidad) y que no es otra cosa sino como, brillantemente, nuestro colega y amigo, John Saxe-Fernández lo ha descrito: "Término utilizado para hacer referencia a la ya muy vieja doctrina intervencionista practicada por los Estados Unidos en el Tercer Mundo y de manera particular en Vietnam... que incluye operaciones clandestinas, apoyo para campañas contrarrevolucionarias, golpes contra el "terrorismo", amenazas y asesinatos, el soborno, el chantaje, la presión política y económica".

Lo que esencialmente está en juego, es el destino de los pueblos de América Latina. La falta de voluntad política y solidaridad de los países latinoamericanos con Nicaragua, es, hoy día una falta de solidaridad y apoyo de nosotros mismos.

Las consecuencias del desenlace de una guerra de intervención norteamericana en Nicaragua constituye una abierta intervención contra la soberanía, la independencia y las naciones de América Latina. El futuro de paz en Nicaragua es un futuro de paz y no intervención en el subcontinente latinoamericano. Por ello, la oportunidad y el momento histórico se encuentra, hoy día, en los resultados de la reunión de los presidentes centroamericanos en Esquipulas II. Es imperativo, por tanto, hacer un último y definitivo esfuerzo de voluntades políticas y de concertación latinoamericana que dejen de lado los viejos sueños de dominación imperialista.

De otra manera, la cultura de

la violencia y el terror que hoy día los Estados Unidos han desplegado en el mundo entero, terminarán por dictar los destinos de los pueblos y naciones que, como el nuestro, han resisitido los embates de la presencia de "Rambo" en nuestra tierra. De hecho, "Rambo" tiene también una última artimaña diplomática esbozada en el llamado plan de "paz" para Centroamérica, anunciado recientemente por Reagan y que no es otra cosa sino la reafirmación y consolidación de la política exterior anticomunista que el mismo Reagan delineó desde 1981 para América Latina y el Caribe. Es inconcebible e inadmisibles, por tanto, proponer un plan de "paz" mientras continúan las agresiones económicas y militares hacia Nicaragua. Sin embargo, la reunión de Esquipulas II recordó, sobre todo, que "Rambo" fracasó en Vietnam, ¿por qué no en Centroamérica? La decisión la tienen, pues, los presidentes centroamericanos y todas las fuerzas sociales progresistas que hoy día rechazan el aprobio y la arrogancia del poder que se cierne sobre Nicaragua en estos momentos.